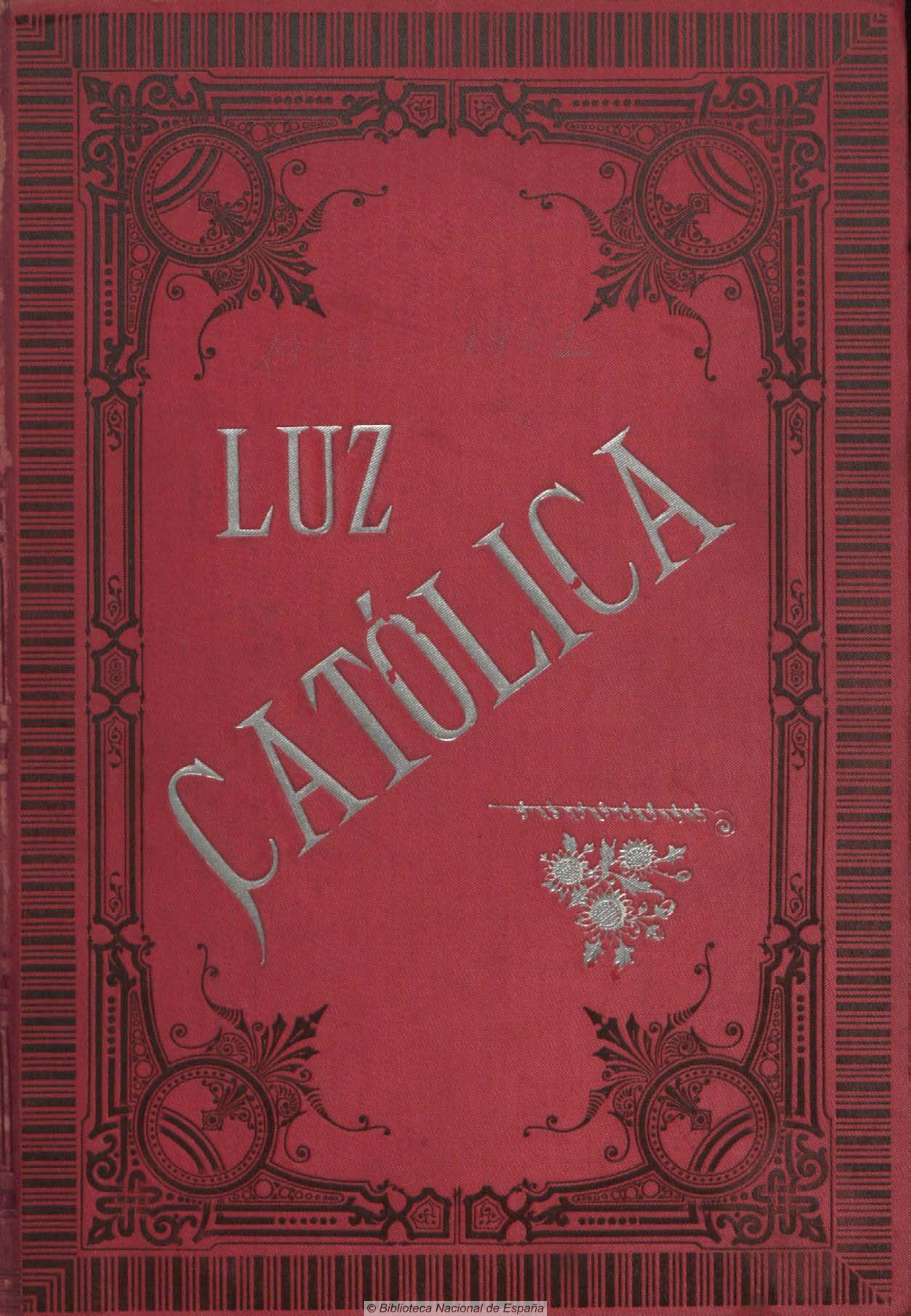

LUZ
CATÓLICA



SEMANARIO CRÍTICO

de Religión, Ciencias y Españolismo

Director: **José Domingo Corbató**, *Presbítero*

Predica la verdad, insiste con oportunidad y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina (2 Tim. IV, 2)

Año I	**Precios de suscripción:** Un semestre. . . 4 ptas. Un año. . . . . . 7 » Extranjero, año. 12 »	OFICINAS: *Bordadores, 12, 2.°* junto al Miguelete Valencia 1900	**Venta** *(Pago adelantado)* Número suelto. 15 cénts. Por correo. . . 20 » **Anuncios: 5 cénts. línea**	Núm. 1

Nuestro propósito.

Quédese para la presunción de ciertos novadores la impertinente moda de presentar programas tan ampulosos como hueros de sentido, prometiendo la regeneración de cielos y tierra, las pajarillas del aire y los pececillos del mar. Nosotros no necesitamos embaucar de ese modo á los lectores, porque nuestro programa es tan antiguo como el Evangelio: veinte siglos ha que Jesucristo lo estableció, dando á su Iglesia docente la misión de desarrollarlo.

Nuestros lectores lo han estudiado y aprendido como á los buenos católicos importa; ¿qué podríamos nosotros enseñarles de nuevo? Nada, como no sea en las relaciones del mismo con las ciencias experimentales, que en ese punto sí que confiamos argüir de falsedad no pocas teorías de los sabios á la moderna; pero en cuanto á las ciencias no dejadas por Dios á la experiencia y disputas de los hombres, muy lejos está de nuestro intento decir cosas nuevas: bástanos presentarlas con cierta novedad: *nove, non nova*.

Nuestra empresa es más de *cómos* que de *qués*, más de adverbios que de verbos: pero claridad y energía no nos han de faltar nunca para combatir á cara descubierta el error y la injusticia, donde quiera que los veamos, diciendo al *sí, sí*, y al no, *no*, como Cristo manda; *est, est; non, non*. No venimos á modificar las enseñanzas católicas como pretenden los herejes, sino á defenderlas de ellos y de sus fautores. Nos proponemos recordar y fomentar doctrinas y leyes antiguas, de muchos olvidadas y menospreciadas de muchos.

Este olvido y este menosprecio han engendrado tal confusión entre los católicos, que de lleno estamos en los tiempos de los maestros embusteros y aduladores anunciados por los Apóstoles y descritos por muchos profetas. El cisma religioso viene, viene á carrera tendida, y es menester que nos apercibamos, así contra los falsos reformadores como contra los relajados y los ambiciosos que someten la Iglesia á la política y la justicia á la conveniencia propia.

No torceremos á diestra ni á siniestra; por el camino real marcharemos, creyendo *en* Dios y combatiendo esforzadamente á los que apenas creen *á* Dios (1), que son hoy los más. Unos pecan por un extremo, sentando que en la Iglesia todo va mal: otros pecan por otro, sentando que en la Iglesia todo va bien. Ni todo bien, ni todo mal; por en medio de aquel celo herético, hijo de la temeridad y del orgullo, y del otro celo que es relajación y egoismo, marcharemos nosotros con paso intrépido, fija la mirada en la Piedra de que fuimos cortados: *attendite ad petam unde excissi estis*.

Y sobre todo, nótese bien, sobre todo marcharemos absolutamente desligados de todo partido político. Somos católicos y españolistas; no tenemos más política que la del catolicismo y del españolismo, la cual no ha menester de estas ni de aquellas dinastías, ni de amigos ó enemigos de unas ó de otras, para ser expuesta y defendida en toda su pureza.

Mucho hay que avisar y prevenir, mucho que corregir y sanar, así en el clero como en los fieles.

(1) Sobre este tema pondremos luego un artículo de nuestro Director.

Nosotros usaremos de los fueros que nos concede la corrección fraterna, no adulterada, sino tal como la Iglesia la entendió siempre. En la duda, al lado de la Autoridad estaremos; en igualdad de circunstancias, ayudaremos á los débiles contra los poderosos; pero esto sin necesidad de publicar diatribas escandalosas y deletéreas de esas que el despecho del orgullo y el espíritu de cisma han puesto muy de moda entre ciertos elementos que se llaman católicos.

En una palabra: que se nos lea, y seguro es que el juicio de los buenos ha de sernos favorable.

LA REDACCIÓN

Á la prensa periódica.

Enviamos á todos nuestros queridos colegas de la prensa católica, en especial á los de Valencia y su región, un saludo afectuoso y humilde, rogándoles que lo reciban como de hermanos menores que vienen á compartir con ellos la ruda tarea de defender su herencia religiosa y patria, luchando por la verdad inmaculada del catolicismo y por los fueros inviolables del españolismo.

Extendemos sinceramente el saludo á los colegas separados de nosotros en ideas religiosas; que si en principios somos intransigentes, no lo somos en cuanto á personas, y á todos alargamos la mano. Maestro de intransigencia doctrinal fué Jesús, y Jesús se complacía en conversar y comer con pecadores, y al mismo Judas lavó los pies y llamó amigo, después de la traición.

El vacío que entre unos y otros abre la fe, cúbrelo por nuestra parte la caridad.

De Fide.

I

LA FE DE MUCHOS

Sintiendo el Sr. Sagasta en cierta sesión del Congreso de Diputados no sé qué pujos religiosos, díjole que no era católico un diputado que lo es, y contestó vivamente aquél: «Más católico que su señoría.» Tomólo á risa toda la nación, y á fe que la cosa era más para lamentada que para reída, porque era una prueba oficial de lo barato y tirado que anda en estos tiempos el título de católico.

Muy raros son en España los que no quieren pasar por católicos: todos creen que Dios existe, todos creen algo de lo que Dios nos ha enseñado, y bástales eso para reputarse católicos hechos y derechos, sin nota que los empañe ni diputado que les tosa.

Vamos á cuentas, católicos de la última hornada, vamos á cuentas, y decidme por vuestras católicas ánimas qué fe tan comodona y blanducha es esa que gastáis.

—Creemos que Dios existe, me decís los más; que en todo es infinito; que es uno y trino; que su Verbo se encarnó; en fin, creemos todos los artículos de la fe: ¿qué más pide la fe?

—Algo más debe pedir, nobles creyentes, pues todo eso también lo creen los demonios, y por cierto con más firmeza que vosotros. «Crees que hay un Dios, dice la epístola de Santiago: está bien, pero asimismo los demonios lo creen temblando. *Dæmones credunt et contremiscunt.* ¿Tembláis vosotros? No; pues no hagáis á los demonios la injuria de compararos con ellos, mayormente cometiendo vosotros multitud de pecados que ellos no pueden cometer.

Blasonáis de confesar á Cristo alguna vez. Quizá el blasonar os importe más que el confesar; de todas suertes, debajo de los demonios os quedáis todavía, porque también ellos le confesaron muchas veces, como del Evangelio consta, y en todo le obedecieron. ¿Le obedecéis vosotros?

Y no solamente le obedecieron, sino que trataron de que no fuese crucificado, poniendo en el corazón de la mujer de Pilatos que era un justo y no merecía la cruz. Vosotros le crucificáis moralmente, y materialmente contribuiríais á crucificarle si tuviera que morir de nuevo.

Alardeáis también de ir á misa cuando se os antoja, de rezar alguna que otra oración ó cosa parecida, etcétera, etc., y con esto os juzgáis no sólo católicos, sino devotos. Sabed que hubo quienes os dejaron tamañitos en eso de ir al templo y rezar largas oraciones, y fueron los escribas y fariseos que las rezaban kilométricas: *longas orationes orantes;* pero sus oraciones y sacrificios les sirvieron para que Jesús les maldijese cien veces con la tremenda majestad de un Dios irritado. ¿Cuántas veces habréis merecido vosotros la maldición de Dios?

Si no habéis reparado en los efectos de ella, esperad un poco y el cataclismo social os forzará á reparar, porque el torbellino de las iras de Dios va á destrozar muy pronto por vuestros pecados estas malditas sociedades modernas.

¿Os reís? También de Noé se reían sus contemporáneos, y habéis de saber que creían las cosas de Dios quizá más que vosotros, pues el culto de los ídolos no fué conocido hasta que después del diluvio lo inventó Nembrod: y con todo esto, vino el diluvio de agua, no tan horroroso como el que va á venir, que será de fuego y sangre.

¿Qué fe es la vuestra, que os pone debajo de los antidiluvianos, y de los fariseos, y de los mismísimos demonios? Sin duda es la fe de Caín, que creía también ó la de Balam, que asimismo creía; ó la de Coré y sus compañeros, que creían igualmente; ó la de Saúl que no creía menos; ó la de Jezabel y Atalía, que también creyeron; ó la de Nabuco, hombre y bestia, que fué á ratos un gran creyente; ó la de Antíoco, asimismo creyente y confesor de Dios por edicto oficial; ó la de Herodes, que creyó las Escrituras y consultó la Sinagoga; ó la de Judas, que de tanto creer se ahorcó; y por no cansarnos más será la de todos los herejes, desde Cristo á la fecha, pues todos han creído.

Si esta es vuestra fe, ponedla en confitura para regalar con ella paladares de tontos.

¿Persistís aún en querer pasar por buenos creyentes? Enhorabuena; pues creed esto que Dios dice por boca de Santiago: «Aunque observéis toda la Ley, si en un punto de ella delinquís, de todos los demás os hacéis reos: *offendat in uno, factus est omnium reus*». ¿Creéis vosotros todos los puntos de la fe católica? ¡En más de uno pecáis!... Pues tened por cierto que ninguno creéis, ó que los negáis todos. *Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*, dicen los filósofos. No creéis en Dios: creéis en vosotros.

II

CREER EN DIOS

Digamos en qué consiste la Fe Católica, ó en qué se diferencian los católicos verdaderos de los falsos. La diferencia fué ya establecida por San Agustín, y por Santo Tomás explicada en un artículo tan magistral como suyo.

Credere Deum, credere Deo, credere in Deum. He aquí, no tres actos, sino tres fases ó manifestaciones de la fe. En castellano se expresan de la misma forma el primero y el segundo, pues en ambos casos, acusativo y dativo, se dice: creer *á Dios*.

Creer *á Dios*, en acusativo, es creer que Dios existe; creer *á Dios*, en dativo, es creer lo que nos dice; creer *en Dios*, es tender á Dios creyéndole: *credendo tendere in Deum*. Ó de otro modo. Creer *á Dios*, en acusativo ó dativo, es creerle en cuanto es objeto material ó formal de la fe; creer *en Dios* es creerle y amarle en cuanto último fin nuestro.

Cuando el Salvador argüía á los taimados judíos que lo habían de crucificar, preguntábales: Si os digo verdad, ¿por qué no *me* creéis?» *Me*, esto es, á mí, *mihi*; pero cuando comunicaba la fe á sus Apóstoles, decíales: «Creéis *en Dios*, pues creed *en mí* también».

Así, pues, creer á Dios dista mucho de creer en Dios; porque si en el orden de la gracia son las dos cosas un mismo acto, en el orden material se puede creer á Dios como Caín y Balam, sin creer en Dios como Abel y Abraham. Sólo que los profanos en esta materia se figuran que toda fe es sobrenatural, siendo cierto que el creer solamente á Dios no se sale de los límites de la fe humana.

Y no es mucho que los malos creyentes y los profanos incurran en semejante error, cuando célebres doctores y predicadores,—pongamos por ejemplo al padre jesuita Antonio Vieyra,—invierten los términos, sosteniendo *pro aris ac focis* contra San Agustín y Santo Tomás, que el creer á Dios es la fe perfecta, y creer en Dios la imperfecta ó la natural.

Distingamos, pues, los que creen á Dios de los que creen en Dios. Aquéllos creen sin obrar, éstos creen y obran; los primeros son católicos falsos, ó no son católicos; sólo los segundos pueden gloriarse de serlo. Los que creen á Dios pueden decir de carretilla los artículos de la fe.—«El primero creer que es Padre, el segundo creer que es Hijo, etc.» pero mienten al recitar el Credo, porque nadie más que el católico legítimo puede decir con verdad: «Creo *en Dios* Padre Todopoderoso, etc.»

Sin dificultad alguna creen muchos de los primeros todas las verdades dogmáticas que la fe propone; pero al llegar á las morales, ya no creen. Hay herejes de los Mandamientos como del Credo, de la Moral como del Dogma, de obediencia como de fe; quieren creer y no obedecer sin tener en cuenta lo que Samuel dijo á Saúl, esto es, que «esta desobediencia equivale al pecado de superstición y de idolatría; *quasi peccatum ariolandi et quasi scelus idolatriæ*». No creen á Dios para servirle, sino para que les sirva; así lo dijo por Isaías el mismo Dios: «Te vales de tu fe para pecar: *servire me fecisti in peccatis tuis*».

¿Qué concepto merece esa fe que tales obras produce? Esas no son obras de fe, son pecados de donde se sigue que semejante fe está muerta, aunque ni una sola verdad deje de creer. *Fides sine operibus mortua est* dijo San Pablo; y el Apostol Santiago añadió:

«Si alguno dice que tiene fe, ¿de qué le aprovecha, hermanos, si no tiene obras? ¿Por ventura su fe podrá salvarle? No os engañéis á vosotros mismos creyendo la palabra de Dios sin practicarla; porque si alguno la cree y no la practica, comparado será á quien mira su rostro al espejo, que después de mirarlo se va y al punto se le borra de la imaginación su fisonomía.

»El que considerare LA PERFECTA LEY DE LA LIBERTAD, y en ella permaneciere, no como creyente olvidadizo, sino como creyente que practica, bienaventurado será por sus obras: mas si alguno piensa que observa la Religión, murmurando de ella y seduciéndose á sí mismo, vana es la Religión de este tal: *hujus vana est religio*».

Vean mis lectores si en todo esto hay algo aplicable á los católicos altos y bajos que hoy se estilan.

(26.) JOSÉ D. CORBATÓ, PBRO.

Españolismo

Los dómines de pro, á quienes ajustaremos las cuentas más abajo, nos quitan el espacio que teníamos destinado á ciertos puntos de política candente; mas toda vez que en *Nuestro propósito* hemos dicho que somos «españolistas», y que la explicación de esta palabra no requiere largas columnas, vamos á explicarla con unos párrafos de un discurso pronunciado por nuestro Director en París, en honor de Aparisi Guijarro, siquiera dichos párrafos sean de los menos elocuentes del discurso, que lo es en extremo. Helos aquí:

«Dadas las circunstancias que atraviesa la Patria, señores, nuestra unión, más que asuntos de Congresos Católicos y Cámaras Agrícolas, es asunto de españolismo, única virtud que mantiene lo fundamental y prescinde de lo accesorio, como son partidos y personas. Sí: lo único que puede darnos alguna cohesión, alguna fuerza real, es el españolismo. ¿No es hermosa bandera la del españolismo? Todos somos españoles, no todos somos *españolistas*. ¿Os extraña la novedad de esta palabra? Pues quizá sea la más española de nuestra lengua. Verdad es que no la hallaréis en los trescientos ó más derivados que terminan en *ista*; pero si de Alfonso hacemos alfonsista, de Carlos carlista, de catalán catala-

nista, de arte artista, etc., con mayor razón de Español se puede hacer *Españolista*. Y notad que esta terminación siempre indica una especie de culto, profesión, inclinación, simpatía ú otras cosas análogas. Esto me induce á repetir que, si todos somos españoles, no todos somos españolistas: nacer de padres españoles basta para lo uno; lo otro requiere mucho más, requiere lo que nunca dieron ni darán los partidos, malos ó deficientes, todos, todos, todos, unos por sus doctrinas, otros por sus obras, otros por entrambas cosas á la vez.

»El españolismo es el culto de nuestra Patria España con su fe, con sus tradiciones, con su historia, en armonía con las legítimas aspiraciones de los tiempos presentes. Ser españolista es ser español antes que partidario, es obedecer la voz de la Patria antes que la del jefe de partido, es sobreponer los intereses comunes á los privados; ser españolista es «allanar sin humillación de nadie, como dijo el gran Aparisi, el camino de la reconciliación á todos los españoles de buena voluntad».

«Todos los partidos tienen algo bueno entre mucho malo; el españolismo rechaza lo malo y acepta lo bueno, pudiendo de esta manera ser común á todos los partidos sin convenir con ninguno. ¿Qué eres? se pregunta, y el buen español responde: «Españolista». ¿Cuál es tu rey? Lo mismo puede ser el de Urgel que el de Antequera; ya se levantará en Caspe un Vicente Ferrer que me lo señale, y entonces pondré mi vida á su servicio, porque sirviéndole, serviré á la Patria».

El españolista, puede, en rigor, pertenecer á un partido; pero es á condición de respetar las legítimas aspiraciones de los otros y unir al de ellos su propio esfuerzo, en lo que toca á la salud de la Patria. Mejor fuera que á ningún partido perteneciese; pero no siempre lo mejor es lo más oportuno, ni puede proscribirse todo lo malo.

«Pues bien, señores, el españolismo existe; los españolistas son tantos, que pueden formar hoy, más que nunca, un ejército imponente, irresistible, avasallador, el cual, aun respetando dinastías, puede derrocar constituciones y gobiernos. Lo que falta es otro Aparisi que enarbole la bandera y dé cohesión á tantas fuerzas diseminadas.

»Vendrá ese Aparisi, no lo dudéis, vendrá, ó no hay remedio para España... ¡ni para el mundo! Vendrá; todos lo presienten, todos lo piden, y todos aquellos que guardan un resto de amor á la Patria le seguirán, sin cuenta con el hábito que vista ni el nombre que lleve. Vicente Ferrer ó Jaime I, Cisneros ó Gonzalo de Córdoba... ¡Qué importa el nombre! ¡qué importa el hábito! Lo importante es que Aparisi renazca.

»Digo que renacerá, y en bronces y mármoles hará esculpir el nombre del verdadero Aparisi, para que viva en la remembranza del pueblo español, aquél gran español que soñó verdades aterradoras y vió visiones de profeta; aquél gran español que vió los partidos cobijados por príncipes y sistemas, y dijo y muchas veces repitió: *Esto se va, todo esto se va.* Y aquello se fué, y lo que vino se irá también; y de entre las ruinas de esta España se levantará resplandeciente otra España más hermosa».

Autoridades

I

Tiaras y mitras á juicio

«Presente en el Valle (de Josafat) todo el género humano, se correrán las cortinas del Cielo, y se aparecerá el Supremo Juez. La primera cosa que hará será mandar apartar á los malos de los buenos; y los ministros de esta execución serán los Ángeles. *Exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum.*

Saldrán, pues, los Ángeles, é irán primeramente al lugar de los Papas: *et separabunt malos de medio justorum.* Y separarán los Pontífices malos de entre los Pontífices buenos. Yo bien creo que serán muy raros los que se habrán de condenar: pero haber de dar cuenta á Dios de todas las almas del mundo, es un peso tan inmenso, que no será maravilla, que siendo hombres, lleven algunos al infierno.

Todos en esta vida se llaman Padres Santos; pero el día del juicio manifestará, que la Santidad no consiste en el nombre, sino en las obras. En esta vida Beatísimos, en la otra malaventurados. ¡O qué gran miseria!

Saldrán después de estos otros Angeles, é irán al lugar de los Obispos y Arzobispos. *Et separabunt malos de medio justorum.* Allá va aquél que no dió limosna; aquél porque enriqueció los parientes con el Patrimonio de Christo; aquél, porque teniendo una Esposa, procuró otra mejor dotada; aquél, porque faltó con el pasto de la Doctrina á sus ovejas; aquél porque proveyó las Iglesias en los que no tenían más mérito que el de ser sus criados; aquél, porque en su Diócesis murieron tantas almas sin Sacramentos; aquél, por no residir; aquél, por simonías; aquél, por irregularidades; aquél, por falta de exemplo de vida; y también alguno *por falta de la ciencia necesaria, empleando el tiempo y el estudio en divertimientos, ó en cosas de la Corte y no de Prelado.*

¡Válgame Dios qué confusión tan grande! ¿Qué tales llevarán los corazones aquellos miserables condenados? Cuantas veces dirán de sí mismo y á voces: Maldito sea el día en que nos eligieron, y maldito quien nos eligió. Maldito sea el día que nos confirmaron, y maldito quien nos confirmó. Si puede mal un hombre dar cuenta de su alma, ¿cómo la dará buena de tantas? Si este peso dió en tierra con los mayores Atlantes de la Iglesia, ¿quién no temerá y huirá de él?

De un sacerdote que no quiso admitir un Obispado, cuenta San Gerónymo, que apareciéndose después de muerto á un Religioso, su Tío, que así se lo había aconsejado, le dijo estas palabras: Os doy, Padre, muchas gracias, porque me persuadisteis, que no aceptase aquel Obispado: Porque sabréis, que hoy había yo de ser del número de los condenados, si entonces fuera del número de los Obispos.

¡O cuantos, sin saber lo que hacen, debajo del nombre lustroso de una Mitra, andan hechos pretendientes de su condenación! A este, y á otros muchos, que no quisieron aceptar Obispados, reveló Dios, que habían de condenarse, si llegasen á ser Obispos, y ¿quién os dijo á vos, que estáis privilegiado de esta condicional?

De que lleguéis á ser Obispo, puede ser que no de-

penda la salvación de otras almas; y de que no lleguéis á serlo, puede ser que dependa la salvación de la vuestra».

P. ANTONIO VIEYRA, S. J.—*Sermón de la 1.ª dominica de Adviento».*

II

Obedecer á los Obispos

«Sobre los Obispos y demás Pastores, escrito está».

«Los Presbíteros que gobiernan bien, sean reputados dignos de doble honor, mayormente los que trabajan predicando y enseñando.»

También exhorta el Apóstol á que se les obedezca: «Obedeced á vuestros Prelados, dice, y estadles sumisos, pues velan por vosotros, debiendo dar cuenta de vuestras almas.»

Es más: Cristo Señor Nuestro nos mandó obedecer á los Prelados, aunque sean malos, cuando dijo: «Sobre la Cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos; observad y haced cuanto os digan, pero no imitéis sus obras, porque ellos dicen y no hacen.» *Catecismo del Conc. Trid.* 3.ª p., XIV.)

«Gregorio XVI alabó á la nación española, porque perseveraba en su *inmensa mayoría en su antiguo respeto á los Obispos y Pastores inferiores canónicamente establecidos.* Pero ahora habiéndose puesto de por medio las pasiones de partido, se descubren huellas de disensiones que dividen los ánimos como en diferentes bandos y perturban no poco aún las mismas asociaciones fundadas por motivos de Religión. Sucede á menudo que los que investigan cuál es el modo más conveniente para defender la causa católica, no hacen de la autoridad de los Obispos tanto caso como fuera justo. Aún más: á veces si el Obispo ha aconsejado algo, y aún mandado según su autoridad, no faltan quienes lo lleven á mal ó abiertamente lo reprendan, interpretándolo como si hubiese querido dar gusto á unos haciendo agravio á otros.—(LEÓN XIII.—*Cum multa.*)

«Podrá ciertamente, suceder que en las costumbres de los Prelados se halle algo menos digno de aprobación; pero ningún particular debe erigirse en juez, cuando Jesucristo Nuestro Señor confió ese oficio á sólo aquél á quien dió la supremacía, así de los corderos como de las ovejas.»—ID.—*Sap. Christianæ.*)

«En cuanto al fuero externo, hay que obedecer, cueste lo que cueste, con toda sinceridad y sin segundas intenciones.»—«En caso de duda, debemos someternos.»—(PEY-ORDEIX.—*La condenación de El Urbión.*)

La última cita carece de toda autoridad para nosotros pero debe tenerla muy grande para los amigos de Pey; los cuales tendrán que acachar su cerviz, porque *magister dixit.....*

UN RANCIO.

Lecciones para ciertos católicos

LECCIÓN PRIMERA

APHRAATES

El emperador Valente, fogoso y empedernido arriano paseábase un día por el jardín de su imperial palacio, junto á una verja que daba á la vía pública por el lado del Oronte.

Acertó á pasar por allí á la sazón un encorvado anciano, envuelto en burda y pesada capa; más no le impedían sus sesenta y cinco años andar como un jóven, ligero apresurado, casi corriendo, cosa que no poco admiró á Valente.

—¿Quién es ese viejo?—preguntó.

—El solitario Aphraates, le dijeron, varón de Dios, á quien toda Constantinopla tiene en profunda veneración.

—¿Y á dónde va con esa precipitación de mozo desenvuelto?

—A la plaza, para asistir á la magna reunión pública que allá celebran los católicos.

Una llamarada de ira encendió los ojos de Valente, cuyo furor herético estalló, apostrofando de este modo al venerable transeunte.

¿A dónde vas, viejo imbécil? ¿Qué pretendes hacer en la plaza, mentecato? ¿Porqué abandonas el retiro en que las reglas ascéticas te mandan permanecer encerrado? Vuélvete á tu soledad ahora mismo, viejo demente, ó de lo contrario, sabrás quién es el emperador.

Desde luego sé, oh emperador de la tierra, quién es el Emperador de la tierra y del cielo, cuya voz obedezco—observó tranquilamente el anciano.—Por lo demás, digo, señor, que tenéis razón: yo debiera permanecer orando por los herejes en mi soledad...

Pero decidme, señor, si por ventura la tímida virgen permanece tranquilamente sentada en la casa paterna cuando ve producirse en esta un horroroso incendio, ó por el contrario, corre á todos lados, grita pidiendo socorro y hace lo que puede por extinguir las llamas.

Pues los arrianos, á quienes vos protegéis, han pegado fuego á la Iglesia de Cristo, y yo vuelo á sofocar el incendio.

Dijo, y siguió su camino con la prisa de antes.

El hereje Valente, trasportado de rabia, dió orden de coger á Aphraates y llevarlo á su presencia: pero no logró su intento, porque el anciano llegó enseguida á la plaza, en donde le esperaban quince mil defensores.

Aquella reunión, á la que el mal gusto llamaría hoy *meeting*, fué tan beneficiosa para el catolicismo, como funesta para la herejía y su imperial protector.

El ejemplo y dos palabras de Aphraates bastaron para que todo el mundo proclamase el indiscutible principio de que *cuando la Religión es atacada, manden lo que quieran reyes y emperadores, no hay cristiano que no tenga obligación grave de defenderla, según su poder y saber so pena de hacerse indigno de ella como un apóstata.*

N. DE FUENTEVIEJA.

Controversias

Sobre el sepulcro de Aparisi

I

EL PAN CONTRA EL SEPULCRO

Una estátua faltaba en el Capitolio, y era la de Catón. Echándola todos de menos, todos preguntaban por ella, y á todos se respondía que el gran filósofo no tenía estátua. ¿Para qué tenerla? Incomparablemente más glo-

riosa que las estátuas era para su memoria la pregunta general.

También en Valencia preguntan los buenos amadores de las glorias valencianas: ¿dónde está la estátua de don Antonio Aparisi y Guijaro? Podríamos responder que el gran Aparisi no necesita de estátua como otros que la tienen con méritos ó sin ellos. Por lo menos yo creo que asi hubiera respondido si al efecto hubiera solicitado alguien mi pobre concurso, como no fuera para levantar un monumento grandioso, el mejor de Valencia, uno digno del gran Aparisi Guijarro. No digo que fuera como la estátua de Nabuco, cuyo dedo meñique era más gordo que el cuerpo de aquel rey fatuo; pero sí que fuera correspondiente á los méritos del gran hombre.

Pedir eso en Valencia es inútil: nuestra sangre es pólvora al primer momento, y al segundo ya es agua, y por añadidura nadie aprecia hoy las grandes ideas. Sin embargo, se trató de consagrar al insigne valenciano un sepulcro donde reposaran sus cenizas venerables en el cementerio de su querida Valencia, junto á las cenizas de su Delia, del ángel de sus ensueños, de su esposa amantísima y amadísima, que esa fué la última voluntad de Aparisi.

Un católico valenciano, D. Alberto J. de Thous lo propuso, ó por mejor decir, renovó esta piadosa idea, ya en otra ocasión perseguida; otro católico valenciano, D. Antonio López Rodríguez, la maduró y propagó: y un tercer católico valenciano, el que esto escribe, la secundó leal y esforzadamente fuera de la patria.

No haya miras de partido en esta empresa, dijímos todos; sea cosa de Valencia y sus admiradores; no tenga enemigos muerto el que vivo nunca los tuvo; unámonos todos, políticas á un lado, para honrar la memoria del que fué apóstol infatigable de la unión de todos los buenos.

Entonces la ilustre sociedad «Lo Rat Penat» hizo suya la idea, y hasta notables personajes de la política contribuyeron á la obra con donativos. ¿Quién podía sembrar discordias ante un sepulcro? ¿Quién podía oponerse á una obra tan justa y piadosa, con ninguna opinión reñida y en un todo conforme á la voluntad y á las aficiones de Aparisi?

Pues hubo no pocos hombres de esos que todo lo encuentran mal si no van ellos al frente, que con alardes de catolicismo y con mal disimulado orgullo se opusieron en público á la obra. Descolló entre los tales un periodista hebdomadario que en tiempos casi recientes se constituyó dómine importuno de unión de los católicos; y para que á la pluma de entonces siguiese el ejemplo ahora, declaróse contrario á la obra del sepulcro de Aparisi, y en su periodiquito aconsejó no contribuir á ella, inventando un recurso que alabaríamos y secundaríamos si no conociésemos su intención dañina.

Bueno y santo es que se dé pan á los pobres, sea ó no sea el mérito de la limosna en sufragio del alma de un difunto; pero malo y detestable es que de tan buena obra se valga el disidente periodista para cercenar al sepulcro de Aparisi la peseta de muchos católicos, engañándoles con sofismas y cuentos; no revocó estas palabras.

Cuando se nos pregunte por qué Aparisi no tiene un sepulcro mejor, ó por qué no lo tiene mejor ni peor, podremos responder: «Eso se lo explicarán á ustedes no pocos de los que se llamaban amigos y algo más de Aparisi Guijarro, los cuales se opusieron á la obra y á muchos retrajeron, y sobre todos, se lo explicará D. Manuel Gascó.

Señor D. Manuel Gascó, *amicus usque ad aras*. Sabe usted que le aprecio de veras en cuanto pariente y amigo; pero sobre los parentescos y las amistades están la verdad y la memoria de Aparisi y el buen nombre de muchos, y por todo esto se me agota la paciencia viendo que usted no se cansa de echarnos chinitas y darse lustre.

No combatiré la obra del pan como usted la del sepulcro; bástame recordar á usted algunos testillos suyos que rabian de verse juntos, porque los inspiró la mira personal y no la razón.

Quede en paz el amigo y venga acá el periodista.

II

SOFISMAS Y CUENTOS

Para el intento señalado no he menester escribir de nuevo, porque lo esencial está escrito va ya para cuatro meses. Á 19 de Junio, nótese la fecha, dirigí á mi particular amigo y coadmirador de Aparisi, D. Antonio López Rodríguez, arriba nombrado, una carta en que toqué lo más importante de la materia apuntada. No me figuraba yo que el Sr. Gascó me pondría en el caso de publicar lo que para privado se escribió. Helo aquí, copiado literalmente de dicha carta.

«... La luz se hará, y Aparisi tendrá lo que hoy, no puede tener. Entretanto no olvide usted que los católicos negatorios de Valencia todavia no han dicho en nuestro asunto la última palabra: verá usted como Gascó, verbigracia, nos hará en su *España* alguna «caricia». Pensemos que Dios se vale de ellos para mortificarnos, y nos valdrá mucho.

No sé qué más quería decir á usted, pero ya que he nombrado á Gascó, voy ó dedicarle unos renglones.

Cuando impugné á Pey-Ordeix, ahora ven con cuánta razón, Gascó lo llevó muy á mal y manifestó deseos de salirme al paso; pero toda la razón que supo darme, fué que no debia yo impugnar al tal Pey, puesto que *no le impugnaban los Obispos*. Tampoco inpugnan al señor Chabás, le contesté, y usted no le deja hueso sano; con que hermanito, un poco más de lógica, y de paciencia para presenciar en breve la caída del Pey.

Pero en nuestro asunto hace una cosa análoga. Demasiado recordará usted aquel su desatentado artículo del 3 de Febrero, que tan á las claras descubría su espíritu... Bien sabía él que la idea y la acción en este negocio de Aparisi eran hijas de un corazón católico que latía en tres pechos: el de usted, el de Thous y el mío; no obstante, desaprobó socarronamente nuestra gestión, y con temeridad digna de anatema, dijo:

«Somos antiliberales de nacimiento, y nos repugna juntarnos con esta gente *hasta en la casa de Dios(!!!)*.»

Y de que á Gascó le conviene ir sólo como á Pey-Ordeix, aunque ya sabe buscar «esta gente» cuando le conviene así sea «en la casa de Dios.» Tode es cuestión de conveniencia, y por eso á 19 de Mayo, corrigiendo á *Lo*

Semana Católica, acerca de renovar el piso de la capilla de los Desamparados, dijo:

«Bien podrían *muchos católico-liberales* tomar por su cuenta dicha restauración.»

¿Dónde quedaba aquello de «hasta en la Casa de Dios?»

Quiero suponer que Gascó es «antiliberal de nacimiento», como él se llama; lo que no puedo suponer es que conozca exactamente en qué consiste el antiliberalismo, porque muchos son los que hablan del arquitrabe... Vaya una prueba.

«Los masones rabian porque hay 50 católicos en el Ayuntamiento de París, 33 republicanos y un solo mandil.» Esto dijo el 26 de Mayo, y el 2 de Junio añadió: «No solamente tienen mayoría los católicos en el Ayuntamiento de París, si que, además han triunfado en Bélgica, cuya Cámara la forman 69 liberales y 84 católicos.»

«A cualquier cosa llaman chocolate estas patronas...» Respecto de París, conozco yo á todos esos llamados *católicos*, á unos por sus obras, á otros por sus escritos, á los demás por sus opiniones, y puedo asegurar: 1.°, que no hay *uno*, sino muchos *mandiles*; 2.°, que todos, todos son *republicanos*; 3.°, que ninguno, ninguno es sinceramente *católico*, y entre los 50 alabados hay no pocos *librepensadores*, y esos y todos los demás, son *liberales* impenitentes; pero son enemigos del Gobierno, y basta para que Gascó les llame *católicos*.

En cuanto á Bélgica, mi pariente no sabe que allí se llama católicos á todos los ministeriales que no militan en el campo liberal avanzado, que es como el liberal ó fusionista de España; de manera, que los tales católicos son tan liberales como los otros, salvo alguna excepción, de la misma manera que en España son tan liberales los silvelistas como los fusionistas.

Mi buen pariente padece un poquito del mal de Pey, y esto me da tristeza. Á veces ha hecho regulares campañas, mereciendo alabanza, por lo que al exterior se refiere; pero su espíritu no me ha gustado nunca, nunca, y hoy menos. Oigo á un predicador pagado de sí pronunciar una oración magnífica, y alabo al orador compadeciendo al apóstol, porque descubro allí buena materia y no buen espíritu: *æs sonans, aut cymbalum tiniens*.

Estamos en un período de fermentación como en tiempo de Lutero, y se padece fiebre contagiosa de reformar: todo el mundo se juzga llamado á reformar, y sale por ahí cada Quijote mezclado de Gerundio, que harían morir de risa si no escogieran el campo católico para ejercer sus fazañas gerundio-quijotescas.»

Esto escribí, esto escribo y me parece que basta. Si el amigo desea más, tenga por cierto que se le dará. Lo que yo deseo sinceramente es que en todo vayamos de acuerdo y se nos pueda aplicar aquel hermoso versículo; «¡He aquí cuán buena y cuán regocijadora es la unión de los hermanos!» Esto depende más de mi amigo que de mí.

J. D. CORBATÓ,



Cartas del Orco

(RIGUROSAMENTE HISTÓRICAS)

ó

Consejos de galopines muertos á galopines vivos

Al Sr. D. Mataobispos del País de Curasao.

Hermanuco de mis entretelas: No sé si eres persona, bestia, planta ó piedra, porque á este *país* de todos los demonios no llegan muy claras las noticias de ese *país* de todos los gaceteros. Las cuatro cosas pudieran ser á un tiempo, como de las cuatro diz que participaba yo allá en el *país* de mi maestro Diderot y de mi yegua; y en verdad, uno que acaba de caer con estrépito de tu *país* á este de los achicharramientos perdurables, asegura que eres tan piedra como planta, y tan planta como bestia, y tan bestia como persona, y tan persona como yo que, al decir de malas lenguas, lo fuí harto poco.

Otros me cuentan que ni aún estiércol llegas á ser, pues no sirves para un mal abono de calabazal, sino que te viene holgando ser un pedazo de papel para usos comunes: en lo cual serví yo admirablemente á media humanidad con mi *Diccionario de filosofía antigua y moderna*.

Ya ves que nos parecemos como un huevo á otro huevo, sea en hacer de personas, sea en eso otro de los usos comunes. Cuentas bien ajustadas, algo así como filósofo matarife ó librepensador de charpa y parrillas debes de ser, con los *tres puntos* por montera, ó mienten tu nombre y apellidos; porque eso de *matar obispos y asar curas*, con lo demás que se supone, oficio es de tan empinada filosofía como la de mi *Diccionario*.

Acreedor te hacen estos títulos á todas las llamas de mi simpatía, así seas hipopótamo ó serpiente de cascabel. De todas suertes eres mi hermano, y más perfecto que yo si por ventura tienes cuatro patas, pues yo no tengo más que dos. Pero has de saber que en lo demás no te voy á la zaga, antes bien, puedo darte alguna leccioncilla tomada de mi historia, en la seguridad de que entenderás mejor cuanto seas más animal. Para dártela te escribo, y con esto te daré también una prueba de compañerismo endiabladamente sincero. Va de curas.

Has de saber, pues, que un cura de la ilustre raza de esos dos ó tres que andan hurgando por tu *país*, harto de contener sus inclinaciones naturales, emancipóse bravamente del yugo de Cristo, renegó de toda autoridad, convirtióse de alma y corazón á nuestra filosofía, y dijo en un arranque de inimitable cólera: *Quisiera que el último de los reyes fuese ahorcado con las tripas del último de los curas.* A mi maestro Diderot le hizo tal gracia la ocurrencia, que la adoptó por suya y por suya pasa; y yo, por mi parte, la celebré en mi diccionario con el panegírico siguiente:

He aquí el deseo de un verdadero filósofo que ha comprendido cuál es el único medio de cegar simultáneamente en todo el mundo la fuente de los males que hace tanto tiempo afligen á la especie humana. Aunque se escribiese por espacio de diez largos años sobre esta materia, nunca se ocurriría un pensamiento más profundo, ni más sublime, ni con más gracia, precisión y energía expresado.

No es mucho que así celebrara yo la agudeza del excura, cuando toda mi filosofía social se fundaba en este luminoso principio destilado de mi fósforo cerebral. *El predicador más elocuente de un Estado es el verdugo.* Esto me valió en chanza, de mi amigo Holbach, el título de «ínclito apóstol de la licencia y de barbarie». El título me pareció de perlas; pero, aunque en mucho lo tengo, te lo cedo para que te des tono.

Dígote de verdad, amigo Mataobispos, que con tan descomunales chorros de ciencia me hice famoso entre las gentes de pro, con las cuales llegué á tratar de dar en honor de la filosofía un banquete mónstruo, cuyos platos principales habían de ser hígados de cura, tripas de fraile y chuletas de obispo, todo esto frito con grasa de rey, pues lo que es á liberales y filántropos podíamos apostárnoslos con el mismísimo dios bueno de Manés.

Con todo esto, nuestro celo filosófico se estrelló contra los artilugios ultramontanos que parecen tener de su parte toda la magia de los malos dioses ó de las brujas; de día en día fuimos siendo para menos, por lo cual me daba yo á todos los demonios estos que ahora me rajan y me fríen. Mas yendo días y viniendo días, y con ellos berrinche tras berrinche, otro cura más ducho y solapado que el primero, bien que menos brillante, cansado también de Cristo y su sombra, vino y nos echó este discurso.

«Señores filósofos: si queréis aplastar al *infame*, como Voltaire se había propuesto, no ataquéis de frente en burlas ni en veras; calumniad con descaro, mentid con imprudencia, que algo quedará, como decía el «patriarca» de Ferney; pero en lo demás no sigáis á éste, antes debéis aparentar que os pirráis de celo por la Religión de Cristo, y en este concepto combatir por zanjas y por barrancos los escándalos clericales que forjaréis y abultaréis y multiplicaréis con filosófica taimonía. Por cada tajo que deis con un arma tan temible, os aseguro una victoria; porque los clérigos se desdeñarán de revolver tan hediondas mermeladas, y el vulgo interpretará su silencio por confirmación de esas vuestras soeces mentiras, que así lograréis se tengan por verdades como campanarios.

Otra ventaja de este método, seguido por todos los herejes de bulto, es que entre col y col podréis plantar lechuga, y echará raíces. Así halló Wicleff lugar de decir que *Dios debe obedecer al demonio*, y fué creído de muchos. Mas cuidad de invocar á todo cuento la doctrina de Jesús, aunque realmente le deis de coces. Todos los herejes la han invocado, así fueran los más grandes gorrinos, y no les ha ido mal.

Podéis ser hasta cainitas, si os place, adorando como ellos á Caín, Coré, Judas Iscariote y los estetas de Sodoma y Gomorra; podéis renovar todas las prácticas nefandas de aquellos nefandísimos herejes, y no será mucho, puesto que su dogma capital es el vuestro, á saber: que *«la perfección de la razón consiste en cometer todas las infamias imaginables.»* Y, en efecto, ellos las cometían con frescura tan filosófica, que para cada acción infame habían señalado un ángel guardián.

Sed cainitas redivivos, la filosofía os lo agradecerá, pero no lo manifestéis, porque el infinito número de los necios abominaría de vosotros. El cainismo, sin embargo, os servirá de mucho, y por eso os lo recomiendo. Cuando por tener secos los jugos cerebrales de la inventiva no sepáis daros trazas de mentir, atribuid á los clérigos todo lo que en oculto hacéis vosotros, y tendréis que rascaros de gusto.

En una palabra: sed bellacos y cínicos un día, y al otro cínicos y bellacos; id la mitad del año con arte y engaño, y la otra parte con engaño y arte, y seréis los amos del cuchillón y de baila. He dicho.»

Este despampanado discurso del segundo excura, amigo Mataobispos, nos plugo hasta hacernos caer la baba á chorros, y vimos que, en verdad, con tanta filosofía no habíamos acertado á cazar las pajarillas volando ó meter los curas en cazuela, como quien dice. Éramos ya demasiado machuchos para volver á empezar; pero trasladamos la lección á nuestros traseros, y por fin se comenzó á practicar con gran fruto. Hoy la siguen casi todos, y parece que en ello eres tú sobresaliente.

Sin embargo, han llegado aquí vagos rumores de que intentas quitarte las solapas y presentar al natural tu velludo pecho, suponiendo que seas persona. No sé qué fin te traes con eso; mas yo te conjuro por el arcángel Talbuas, protector de Adelberto, que fué el hipócrita más tuno, malandrín y follón del siglo VIII, que no te amilanes, ne te aturrulles, no cejes ni vaciles; sigue adelante con hipocresía bien redomada, gastando aires y campanillas de doctor en Cánones y demás ciencias clericales, si no quieres fracasar como yo y mis compadres en filosofía y enciclopedia. Si un pinchauvas se cubre de espantavillanos, siempre halla quien se pague de su brillo; ó afeita un cepo, y parecerá mancebo. Aplícate el refrán y mantente firme.

Otra historia te contaré para terminar, y es de un tercer cura que me dió un chasco más imprevisto que coz de mula mansa. Los dos referidos eran tan perversos, que al llegar aquí los echó Lucifer muy hondos, por no contagiarse teniéndolos cerca; pero yo fuí en vida un pregonero de sus virtudes, así como lo fuí de los vicios y crímenes de todo cura que como yo no pensase, por muy santo que fuera en Cristo.

Entre los segundos había uno sobre el cual un amigo mío me llamó la atención. Ignoraba yo que el tal cura leyese mis escritos; así que lo supe, con lo poco que el amigo me contó y otro poco que yo añadí, le apañé algo que podía pasar por elogio entre los nuestros. Tan pronto como él lo advirvió, me envió á decir que, en efecto, me leía, para saber de buena tinta cómo disparatan los impíos, los soberbios, los cínicos, los hipócritas, los masones, los librepensadores, los destripa-curas; que con alabarle, le ofendía gravemente; y que si algún favor quería dispensarle era el de continuar denigrándole, porque con esto le honraría mucho.

Había para despanzurrarse de rabia, chico, y de veras que la mía no fué menuda, mayormente al leer esto que añadía: «Guarde usted sus elogios para esos desgraciados apóstoles ó herejes amigos suyos, y sírvase advertirles de mi parte que el oficio de Carlostadio cuadra mejor á los picaños que el de mondaobispos; ó, por decirlo más claro, convénzanse de que, para seguir á Stork, hay que ser «abecedariano», esto es, no saber leer ni escribir, ó pasar de doctor á mozo de cuerda como Carlostadio que le siguió y pasó.»

Tú, amigo Mataobispos del *País* de Curasao, aprende por este ejemplo á no fiarte de apariencias de curas. Si no son como los dos primeros de mi historia, échalos al albañal; pero ponlos sobre el anillo de Saturno, si son como ellos.

Todos los demonios te saludan con ganas de recibirte, y todos los condenados te envían un recuerdo fraternal de Caín y un sonoro beso de Judas.

Salud y fraternidad de fuego y azufre te desea este condenado,

NAICEON

Por la copia y fidelidad histórica.

Hilario Avispa.

Supremacía de la física etiológica ó tomista.

Poseemos un curioso folleto manuscrito, obra de un corista de la Orden de Predicadores, compuesto á ratos libres hace ya dieciocho años: veinte de edad tenía el autor. Es un magnífico comentario de un pasaje de la Encíclica *Æterni Patris*, que pondremos más abajo, y trata de lo indicado arriba en el título. Gran lástima es que el joven autor, enfermo y siempre muy ocupado en cosas de obediencia, no lo hubiera terminado; pero así y todo, nos parece un trabajo muy digno de ver la luz pública, y creemos que nuestros lectores nos agradecerán su publicación, por lo menos los versados en este ramo de la ciencia. Lo pondremos sin quitar ni añadir palabra.

Según prometemos en el artículo que encabeza este número, LUZ CATÓLICA tratará de descubrir muchos de los errores adoptados por sólidas verdades en todos los tratados modernos de ciencias naturales, especialmente en lo que se llama *Física*, nombre que abarca más de lo que se le da. Así, pues, que hayamos publicado el folleto, seguirá este trabajo por cuenta nuestra, y estamos seguros de que entre los físicos ha de producir sensación más de cuatro veces.

Queremos que los que han dado en la flor de llamar obscurantista y retrógrada á la Iglesia católica, sean batidos con sus propias armas, y se convenzan de que los obscurantistas son ellos; queremos purificar, en cuanto de nosotros dependa, esas ciencias de que tanto han abusado los descreídos y materialistas y racionalistas. Ardua es la tarea, pero confiamos llevarla á cabo con el auxilio de Dios.

Empieza el trabajo del corista por una carta á guisa de prólogo, dirigida á Fr. Alfredo Fanjul, seguida de una introducción con el texto de la Encíclica, y después entra en materia, agravando los cargos á los «sabios» á medida que el tema se desarrolla. Omitiremos por brevedad la carta y la introducción, y aun el primer capítulo omitiríamos si no fuera la base de los siguientes.

Hechas estas advertencias, y dejando para nuestro número próximo el capítulo sobredicho, adelantaremos hoy el mencionado texto de la Encíclica *Æterni Patris*, que es como sigue:

«Las mismas ciencias físicas, ahora tan estimadas y acrecentadas con tantos y tan ilustres descubrimientos como los que están excitando en todas partes la singular admiracion del ánimo, lejos de temer que les cause detrimento alguno la filosofía de los antiguos restaurada, deberán esperar de ella muy grandes auxilios. Y, en verdad, el estudio fecundo de estas ciencias y su legítimo progreso exige que no se contenten con observar los hechos y examinar la naturaleza, sino que después de establecerlos suban á más alta consideración, esforzándose diligentemente en conocer la esencia de los seres corpóreos é investigar las leyes que siguen en sus movimientos...

»Es muy de advertir, acerca de esto, que hacen gravísima injuria á la filosofía escolástica los que la acusan de ser contraria al progreso é incremento de las ciencias naturales. Todo lo contrario debe decirse... Nada más útil hoy para el filósofo que escudriñar diligentemente los arcanos de la naturaleza y aplicar las fuerzas de la mente con intensidad y constancia al estudio del mundo físico. Así lo hicieron Santo Tomás de Aquino, el B. Alberto Magno y otros escolásticos insignes, especulando de tal manera en las cosas tocantes á la filosofía, que no dejaron de emplear gran parte de su estudio en el conocimiento de las cosas naturales; tanto, que no pocos dichos y sentencias suyas han confirmado los sabios modernos, confesando que están conformes con la verdad.

»Además de esto, muchos doctores en ciencias físicas que las cultivan en nuestros días con gloria singular, confiesan públicamente, y sin rebozo, que entre los resultados ciertos y constantes de la física novísima y los principios filosóficos de la escuela, no media oposición alguna real.» = (23) =

Los dómines de pro

I
Una gacetilla.

«Respecto á la revista *El Urbión*, se nos escribe de »Barcelona que, habiéndose alzado *su director* en recur»so ante la Santa Sede y sido condenado por decreto »disciplinar del Santo Oficio, el ilustrado sacerdote don »Segismundo Pey-Ordeix *acata el fallo reverentemente; »da por condenada la revista, y por su parte hará lo po»sible para que desaparezca.*» (*España Cristiana*, 15 de Septiembre).

Esta gacetilla nos da formulados los epígrafes del presente artículo

Jamás concedimos, ni ahora concedemos, á ningún director de *Urbiones* los honores de la polémica, ni pensábamos ocuparnos de la condenación de que habla la gacetilla, porque amigos somos de respetar y compadecer á los caídos; pero estos caídos se levantan con aires y hasta con ciclones de espanta-Papas y mata-católicos, haciéndose, á nuestro parecer, indignos de los miramientos que la caballerosidad podría tenerles.

Por añadidura, los periódicos que hacen á Pey-Ordeix el caldo gordo, como la *España* del Sr. Gascó, dicen las cosas á su manera, y no según la verdad, viciando con funestas anfibologías la opinión de sus lectores,

y conviniendo con varios periódicos de la impía calaña de *El País*, que es un gran abogado del Sr. Pey-Ordeix; y aun estos periódicos tienen sobre aquellos una nota de sinceridad, pues no dicen que les escriben de Barcelona lo que hasta las porteras de sus casas han leído.

Aunque muy á pesar nuestro, nos ocuparemos un poco de aquellas anfibologías (otro nombre podríamos darles), rogando á nuestros lectores que tengan paciencia para aguantar un tremendo chaparrón de disparates (1).

II

"Pey-Ordeix acata el fallo.„

El que no sepa lo que son incoherencias y contradicciones, lea y aprenda, y al par verá qué modos tienen de acatar el fallo los gigantones del saber. Y cuenta con que en esta ocasión ha escrito Pey-Ordeix lo menos incoherente y mal hilado y superficial de cuanto lleva escrito:

«Procediendo la Congregación *con autoridad pontificia*, cualquiera excepción que ahora alegásemos, sería...» Vamos, sería una rebelión. Pero, ¿es verdad que la Congregación procede con autoridad pontificia? No, según Pey, que dice sí: prueba al canto.

«El Decreto de la Congregación del Santo Oficio... no procede del Pontífice, ni por especial mandato suyo.» ¿En qué quedamos?... Pues otra vez en que sí: oído:

«El Decreto de la Congregación del Santo Oficio... tiene autoridad pontificia, porque esta autoridad va aneja á la Congregación.»

Sí, no, y *sí*; adelante con la consecuencia y formalidad de los «Doctores sapientísimos,» á cuyo pontífice Pey rogamos nos diga si debe ó no *acatarse el fallo*. Responde que sí; respiremos...

«En cuanto al *fuero externo*—dice—hay que obedecer, cueste lo que cueste, *con toda sinceridad y sin segundas intenciones*, dando por bueno el fallo de la Congregación, á saber: que *El Urbión fué condenado según la norma de la Constitución* Officiorum, *absteniéndose de leerlo y mucho más de publicarlo.*»

Casi nos cae el moco de tan abobados y edificados que esta humildad nos deja; pero como el Sr. Pey, por lo visto, no toma por *fuero externo* la ruidosa publicidad de los periódicos, se arranca por peteneras, con perdón del Sr. Gascó, y dice que no, que no debe acatarse el fallo. Véase:

«¿Puede defenderse la idea, la causa, que es lo principal, prescindiendo de *El Urbión*? Sí... Si *El Urbión* cree que el Decreto es notoriamente injusto, por derecho natural puede resistirla.»—Síguese que en Roma no se ha condenado la idea ni la causa, sino el papel de *El Turbión*, pues sin idea y sin causa sólo el papel queda. Roma se declara contra las fábricas de papel.—Pey *puede resistir... en el fuero interno*, al que pertenece este escándalo público, según la teoría de él. Y para que no quepa duda, añade: «puede que tengamos grandísima obligación de resistir.»

Pero decía la galiega, *con toda sinceridad y sin segundas intenciones*: «Arrepiéntome, Padre, que no tengo chirúmen.» He aquí otra vez el lacrimoso *sí* del arrepentimiento:

«En caso de duda, debemos someternos; esta humillación será una victoria para nosotros... y las mismas autoridades... estarán obligadas á reconocerla como acto de respetuosa deferencia.—Pueden decir: entre Pey-Ordeix y la Congregación, yo estoy por la Congregación. En esto les alabaré el gusto por mil razones.»

Bonito, bien charrado; pero, ¡por vida de San Cuerdo! ¿se habrá empeñado Pey en volvernos locos? Ahí va otro *no*, más velado y vergonzante que viuda barbuda:

«Cabría recurso al Papa pidiendo reforma del Decreto, *como lo pedirá á quien deba.*» ¡Temblad, esferas del firmamento.

Resultado: sí, no, otra vez sí, y otra vez no. Sigamos.

III

Sigue el acatamiento.

Tenemos que, en virtud de las aplastantes razones que preceden, *pedirá á quien deba* la reforma del Decreto. Pida que reformen la lógica, pues á eso nada menos es acreedora la inmaculada justicia del *Turbión*, por la cual tampoco se debe *acatar el fallo*.

«Paréceme á mí—dice Pey—que su justicia no puede ser más notoria.» Tanto, que el Sr. Obispo de Mallorca «ya se convencerá de que los *artículos de fuego* están todavía por comenzar.»

¿A quién pedirá prestados este pobre pirotécnico sus artículos *de fuego*? ¿A Bouix, acaso? Sí, ó no, según le convenga, porque Pey convierte á Bouix en una especie de anfibio, que lo mismo hace al agua que al fuego. En primer lugar, Bouix es un autor incomparable cuando pone límites á las Sagradas Congregaciones. Verán ustedes:

«El autor (Bouix) *es de autoridad notoria*, invocada repetidas veces por las mismas Congregaciones Romanas.»

Pero cuando Bouix defiende las facultades de las mismas, ¡oh! entonces es todo un majadero, y Pey lo dice, entre otras mil sapientísimas desvergüenzas:

«Vamos, que el señor Bouix... ha sabido hallar modo de hacer inútiles las excepciones del Derecho Natural. Tan palmarias contradicciones y monstruosidades tan enormes *(diu el mort al degollat...)*, nos colocan en una situación dificilísima.—Por encima de Bouix, yo creo y profeso sinceramente (lo que ya sabemos)... El argumento de Bouix es sofístico á más no poder.—Discurre muy mal Bouix... Malos debía tener los ojos Bouix el día que escribió esto.»

Vaya, vaya, pedir más estabilidad á la razón de Pey fuera gollería, porque *sapientis est mutare consilium*; y para que se convenzan ustedes de que hasta en psicologías populares en nuestro hombre más sabio y más serio que cualquier saltabarrancos, allá van otro sí y otro no.

«Ese pueblo... que busca la dicha moral y la dicha religiosa, aun en medio de sus desvaríos; ese pueblo, ¡pobre pueblo!, que duda cuando niega y que cree cuando finge dudar; ese pueblo, ávido de argumentos externos que espera con febril ansia para abrazarse á la Religión...»

Muda el viento y gira la veleta:

(1) Todos los textos que siguen están tomados literalmente de la carta que para *someterse* al fallo de la Sagrada Congregación publicó el Sr. Pey-Ordeix á 5 de Septiembre, y de *Su Revista* correspondiente al 14 del mismo.

«El que conozca la gazmoña prevención del pueblo católico español en favor del autoritarismo y la influencia decisiva que las chocarrerías producen en esta generación frívola, no podrá poner en duda que, para que la catástrofe de la mayor tragedia pueda impresionar al carácter español, necesita de un exordio largo y de una preparación graduada.»

Si me dijera el lector que la contradicción de los dos últimos textos no aparece clara, yo respondería que quizá en la mente de Pey no aparece de ningún modo, porque para Pey, ó sus escritos mienten, ó hay dos pueblos enteramente distintos: el pueblo primero, el incrédulo, al que Pey no pierde ocasión de adular, y el pueblo segundo, el católico, al que Pey no pierde ocasión de abofetear.

Volvamos al tema.

IV

"Acata el fallo reverentemente.,,

Las reverencias del reverendo Pey son de universal edificación. Para *acatar el fallo reverentemente*, escribe los siguientes reverentísimos párrafos *de fuego...* fatuo. Y vuelven los *sí* y los *no*:

«Podemos resistir, y en cuanto nuestra resistencia pudiese ser prudente para un grandioso avance del ejército católico (¡olé por los cabos furrieles!) contra el convencionalismo eclesiástico, puede que tengamos grandísima obligación de resistir. El gravamen que de no resistir se nos infiere, es gravísimo... Podríamos, pues, resistir y dar al mundo cristiano un extraordinario ejemplo de virilidad y de desinterés lanzándonos á la persecución segurísima para salvar al mundo de la conciencia (¡gran Dios! ¿qué hacéis que lo dejáis perecer?), siendo este sacrificio tan grande y heróico (confúndete, padre Abraham) come el de quien, para salvar á su pueblo (al primer pueblo, se entiende), se lanzase de cabeza al mar inmenso (igual sería el mar *menso*), desafiando olas, monstruos, tormentas, vendavales, peñascos y corrientes (¿dónde estará la ballena ó la Hero de este Jonás ó de este Leandro?) El espectáculo que daríamos al mundo sería hermoso y sublime.»

Archisublime, señor desafiador de mares y monstruos y tormentas y peñascos, archisublime; pero dispensen ustedes, lectores, que todo esto son luces de pirotecnia, y van á cambiar de color.

«Es indudable que nuestra resistencia provocará grandísimos altercados y no menos escándalos. Yo creo que esos escándalos no debemos darlos sino forzados por la ineludible violencia. Hasta aquí no se nos exige apostasía de la fe ni de la verdad, ni se nos prohiben otros medios adecuados de defenderla.»

Esto supone, la contradicción aparte, que la Congregación del Santo Oficio puede mandar á Pey que apostate. Sin esto, el párrafo sería casi reverente; pero lo que vamos á copiar lo ensucia de tal modo, que todas las lágrimas derramadas en el entierro del *Urbión* no podrían lavarlo. Sepan ustedes que el Papa no es juez, y que Pey es juez del Papa; atención:

«La Sede Apostólica *debe ser* en la tierra columna de justicia, para la cual no hay acepción de personas.» Tratándose de la Sede Apostólica, que no es el que la ocupa, los no temerarios dirían *es*, donde Pey dice *debe ser*; y esto se lo dice en latín macarrónico al mismísimo Padre Santo, y en romance añade:

«Ahora pregunto: ¿quién es el juez? El que juzga. Es así que el Papa *no juzga* (lo subraya), sea por lo que fuere; luego el Papa no es juez.—El Papa tiene autoridad para juzgar los Decretos de las Congregaciones; luego es el juez de Derecho. El Papa no los juzga... luego no es juez de hecho. ¿Que debiera serlo? *sí*, estamos conformes, pero *no lo es*; debiera juzgar, pero no juzga... no ejerce.—¿Queréis que diga que ese juez ejerce? Pues no lo digo, así me aspen.»

Este Pey es el mismísimo diablo: ¿cómo sabe tantas cosas? Es que fué por lana, y la experiencia le dijo cómo salen transquilados los borregos de dos «piernas», aunque sean grandes como jumentos.

«A mí me consta por experiencia propia—dice—que he enviado varios mensajes al Pontífice, y el echarlos al correo ha sido, para mí, como echarlos al mar.»

Pues dígame, por vida de sus mensajes, este hombre de experiencias y mares y correos: si tan reverentes como la muestra son sus misivas al Papa, ¿cuánto no tendría que rebajarse el Vicario de Jesucristo para ocuparse de tamañas pampiroladas? ¿Quién se ha creído ser Pey-Ordeix el finchado? Por tan empinado se tiene, que sólo con enviar al Papa un escrito que parece apelación y es descaro, en un lenguaje que parece latín y no se sabe qué es, ya se figura que el Romano Pontífice ha firmado con él un pacto; y esto fantaseando, habla á sus lectores de *lo pactado* con el Papa.

No se precipite el hombre de los varios mensajes, no se precipite; no empuñe el incensario de Coré; no se empeñe en ser Papa á guisa de Lutero; no caiga en la ridícula presunción de querer tratar con el Romano Pontífice como de potencia á potencia. ¡Ahí es nada su tupé!

Léase á sí mismo, y vea cómo define y cómo pretende ser el primero y el guía de todos.

«Cuando esos Decretos *van* (esto es afirmativo: ¡qué escándalo!) contra la ley de Dios ó contra la justicia manifiesta, no obligan. Está bién; el Derecho ha hablado como debía hablar. ¡No obligan! Luego cuando yo vea á un Decreto de las Congregaciones romanas, en tales contradicciones, *no estoy obligado á guardarlos.*»

Casi lo mismo dijo en su pretendida apelación al Papa. Y ¿quién es Pey para decidir si hay tales enormidades en tales Decretos, Pey que se enfurruña y patalea por si los Obispos explican el que condena las demasías de él? En otro lugar pondré su texto; ahora vayan estos otros.

«Nos pone en el trance (trance fiero) de renunciar á la defensa sincera de la verdad católica y á luchar contra los abusos que se están entronizando.» Estamos perdidos, perdidos, perdidos; sin Pey no hay verdad católica que dure una tarde.

«*El Urbión* es una idea, una causa... Esa idea que *El Urbion* ha representado es la de la integridad en el fondo y en las formas, en la doctrina católica y en el modo de defenderla.» Pues, ¿qué habrá condenado Roma? Lo hemos dicho en otra parte; el papel en que se imprimía *El Turbión* ¡Qué injusticia «más máxima,» señores Cardenales!

«Va á ser un grave escándalo para los periódicos y

publicistas católicos que están esperando el resultado de esta batalla para romper la pluma, si nosotros caemos, ó para lanzarse á la lucha, si salimos en bien.»

Los astros detuvieron su carrera espantados porque con fiero ademán volaba una mosca... Y este Pey, amo de todos, dueño del cuchillón y de la baila que así define y raja contra Papas y Decretos, ¡no consiente que los Obispos se ocupen del Decreto que le condena!

V

Siguen las reverencias.

Para acatar el fallo más reverentemente, Pey-Ordeix sigue desfogándose en párrafos como los que vamos á copiar sin interrupción para que luzcan.

«Puede haberse engañado la Congregación, ya sea por fraudes habidos, ya por error ó mala voluntad de los jueces, ó ya por sobra de Derecho, por sobra de rigor ó por falta de equidad.»

«Es posible que las Congregaciones Romanas manden ó prohiban algo contra la ley de Dios, ó una cosa manifiesta y evidentemente injusta.»

«Siendo católicos,contra los cismáticos, seremos nosotros declarados cismáticos, y los cismáticos serán computados como católicos. *Tal es la obra de la Congregación del Santo Oficio.*»

La realidad convencerá algún día á los Congregaciones Romanas, de que no se puede jugar con las ideas, como se juega con las personas.» ¡Temblad, temblad!

Pero nada te turbe, lector, y nada te espante, porque también el diablo se mete á predicador después de hablar como diablo, y Pey el magno tiene en su *no* remedios para tu escándalo del *si*. Pon como él, si quieres, botones de fuego á la Congregación; pero no hables del Decreto condenatorio, porque eso es pecado mayor de toda excepción, intolerablé para el celo de Pey el grande.

«Veo, dice, que algunos señores Obispos españoles y algunos periódicos que se llaman católicos y que nos hablan muy hinchados porque no han tenido la desgracia de ser condenados, como no lo han sido los blasfemos de la taberna ni los perros de la calle (es muy culto este Luterillo): digo que esos señores, veo que se han tomado la libertad de poner comentarios al Decreto del Santo Oficio, cada cual según su talento, faltando unos y otros *al respeto debido á la autoridad de la Congregación.* Porque, ¿quién es un Obispo para decidir, en un escrito pastoral, que el Decreto de la Congregación es justo?»

No sabemos burlarnos de estas palabras: sólo sabemos despreciarlas como se merecen. El Decreto con rabia acoceado por Pey como se ha visto, y ahora *respetado* para morder en los Obispos y demás que lo aceptan como justos, *manda á todos los obispos* de España que «tengan por condenado» *El Urbión* y que «*cuiden solícitamente de que los fieles á ellos sujetos se espanten de leerlo.*» Pey mismo ha publicado estas palabras en latín, y ahora el flamante *respetador* del Decreto se levanta contra éste, y en tono de definidor descocado dice á los Obispos, mande lo que quiera el Decreto:

«*Pastoralmente* no pueden promulgar la justicia del Decreto: deben limitarse, como cada hijo de vecino, á decir: «*yo creo* que este Decreto es justo.»

El Santo Oficio manda, Pey contramanda, después de venirnos con respetos gazmoños. Frescura mayor no se conoce en los picos del Himalaya.

IV

Dos Iglesias y una herejía

No es de admirar que Pey contramande lo que el Santo Oficio manda, pues tiempo há que pretende levantar Iglesia contra Iglesia, así como pueblo contra pueblo. La primera Iglesia es la de Pey, la indefectible, la eterna. Copiemos:

«A mí me dice Jesucristo: busca el reino de Dios y su justicia, y ríete de todo lo demás. La Iglesia *no puede hablar de otro modo*... En esta fe, que es la fe en las promesas de Cristo, quiero vivir y morir».

La segunda Iglesia es la Católica, la defectible, la perecedera, sometida por Pey á una suposición monstruosamente herética, que es como sigue:

«¡Ay! si la Iglesia, *abandonando el puesto* que Dios le ha confiado de ser la salvaguardia de la verdad, de la justicia y del honor, *entregase el gobierno á tres ó cuatro particulares* que no vengan á hablarnos el lenguaje de la justicia cristiana, de la verdad y del honor, sino el *lenguaje cortesano, adulador y egoísta* de esas personas».

Portæ inferi non prævalebunt, dijo Dios; Pey dice que pueden prevalecer; y para que no haya duda, añade que han prevalecido. Van sus palabras:

«Esa manera de discurrir (la de *todos* los tribunales eclesiásticos) y de disculparse es bárbaro á todo ser.... Para poder discurrir así, fuera necesario decir previamente: este tribunal no es de hombres racionales y cristianos, sino de policías alguaciles, que ejecutan la ley sin averiguar su equidad. Sin embargo de tanta monstruosidad, es cierto que *todos* los tribunales eclesiásticos dirían lo mismo...»

¿Qué es esto, sino la prevaricación de toda la Iglesia? Sólo la de Pey no prevarica, porque Pey ha recibido del Espíritu Santo la misión de no dejarla prevaricar, según él dijo en una de sus ahuecadas respuestas al Padre Corbató.

Pues, señor, «Enviado del Espíritu Santo», título que V. se ha dado por escrito, díganos por su celestial misión con cuál de las dos Iglesias nos vamos, si con la que usted ha improvisado, ó con la que á usted ha condenado.

¿Con cuál? La columna del firmamento se inclina, el gran hombre se hace pequeño, y nos dice esta verdad, la mayor que ha dicho en su vida:

«Si quieren una expresión más gráfica, pueden decir: «entre Pey-Ordeix y la Congregación, yo estoy por la Congregación». En esto les alabaré el gusto por mil razones. La primera, porque en caso de duda, se ha de estar del lado de la autoridad».

Bien dicho: *ex ore tuo te judico.* No lo olviden los que se andan tras de Pey á la flor del berro.

Pero... ¡por vida de todos los aspirantes á pretendientes de ayudantes de escribientes! Cuando Pey dice digo, no dice digo, que dice figo. Vuelve el can á su vómito, como vamos á ver.

VII

"Da por condenada la revista, etc.,,

Nos ha dicho ya cien veces que sí, y que no, y que qué se yo. Nos lo va á decir otra vez, para quedar en de-

finitiva con el no. Después de desatarse por todo lo alto y por todo lo bajo contra todo aquel que no se le quite el gorro; después de tronar y relampaguear y llover y granizar como un Júpiter Tonante que se balancea por encima de las nubes; después de publicar lo que hemos copiado y otras mil cosas tanto ó más graves, por brevedad omitidas, despachándose en el *fuero interno* de una carta impresa y lanzada á los cuatro vientos, que consta de mil y cien líneas, ó sea de diez páginas en folio á dos columnas de menudo y apretado tipo; después, en fin, de desfogarse despotricando, dice lo siguiente:

«*Roma locuta, causa finita*. Acato el Decreto de 8 de Agosto: doy por condenado *El Urbión*... Como fundador del periódico, hago desaparecer, por mi parte, *El Urbión*, cumpliendo así la promesa que hice en el recurso á la Santa Sede.»

Como fundador... Director le llama Gascó su amigo, y lo ha sido hasta las boqueadas, digámoslo con perdón del buen Alonso que le cubría. *Por su parte*... ¿y por la de otros? Lo que él y ellos se proponen, bien se trasluce de aquellos párrafos de la sobredicha carta tan henchidos de amenazas, que no nos atrevemos á copiar: pero sí diremos que en ellos se habla con delectación morosa de Manés, de Arrio, de Jansenio, de Focio, de Lutero, de Voltaire, de revoluciones en la Iglesia, del poder de Roma destrozado, de *ideas* que no mueren nunca etcétera, etcétera.

Y para que mejor entienda quien guste leer, qué significa toda esa tremebunda palabrería, en el último número de SU *Revista* publica lo siguiente, que sólo es una reducidísima parte de lo mucho que podríamos copiar sobre el caso:

«El entierro (del *Turbión)* ha sido de lo más solemne que podría esperarse. Presidían los eminentísimos inquisidores generales de Roma; seguía el Nuncio de Su Santidad en España y todos los Prelados españoles, de capa magna, cada cual con su estandarte ó Boletín. El duelo lo formaba sóla y exclusivamente *Nuestra* (suya) *Revista*, designada por el *consejo de familia* para vigilar el cadáver hasta la hora del entierro definitivo ó del *alta definitiva*. Ella cuidará de que *no sea profanado* el cuerpo del *campeón de la Verdad y de la Justicia*.»

«Por las cartas que recibimos vemos que, gracias á Dios, nuestros amigos, lejos de espantarse, *se indignan y animan con grande entusiasmo y constancia*. Agradecemos á cuantos nos escriben las frases cariñosas y *animadas* que nos dirigen... La caridad, la fortaleza y la humildad cristianas, Dios mediante, abrirán los caminos, y la campaña tomará *unos vuelos que en vano se tratará de atajar*... ¡ADELANTE!»

Será verdad ó será mentira eso de las cartas; de todas suertes, ahí queda de cuerpo entero el acatamiento reverente del Sr. Pey-Ordeix, cuya humildad católica será el inmaculado ejemplo de los vivos y los muertos y los que están por nacer; cuyo saber estupendo derramará tales torrentes de luz, que lleguen por lo menos hasta el pico más alto del planeta Saturno. ¡Oh siglo de las luces que en tan puros espejos las reflejas! ¡oh siglo venturoso que tales mónstruos de celo, de virtud y de saber has engendrado!

Para contera queríamos poner otro articulillo en que saliese á relucir el cuchillazo con que Pey-Ordeix acuchilla la gramática cincuenta veces por párrafo, y no nos saldríamos de los que copiados quedan; pero la paciencia se nos acaba: dejémoslo para el próximo número, si Pey no nos obliga á tomarle el pelo de otro modo, y entre tanto nuestros lectores vayan buscando los disparates gramaticales, que los hallarán á docenas.

P. PITO.

P. S.—Terminando este artículo, recibimos la *España*, de Gascó, y leemos y copiamos, sin añadir palabra, la siguiente gacetilla: acabe el artículo quien lo ha empezado, y aprendan los católicos á hablar en católico culto:

«Los periódicos *hipócritas* que suelen tronar contra la conspiración del silencio, se han apresurado á difundir entre sus lectores la condenación definitiva del semanario que fundó el Sr. Pey-Ordeix; pero no dicen una palabra de la *heroica* sumisión de dicho sacerdote al *acatar el fallo* superior, acto de *humildad* que tanto le *dignifica*. Se ve aquí la *negrura del corazón* de ciertos católicos y el *alma ruin* de los que asimismo se titulan los mejores, y no son más que *sepulcros blanqueados* que ocultan en su fondo *los sentimientos más repugnantes, anticristianos é indignos de la criatura racional*. ¡*Fariseos!*»

Revistilla.

Dice el periodiquín del Sr. Gascó sobre si salía ó no salía un «diario» católico:

«Por nosotros que salga pronto para darle un abrazo fraternal si es católico intransigente; ó para quitarle la careta si trae la más ligera *mancha* de liberalismo.» Por Dios, colega, no nos asuste usted tan pronto... porque de verdad, tenemos un miedo de careta y media á los que parece tienen muy bien estudiada la carrera de limpiamanchas. Para que no nos arremeta, le declaramos desde luego que somos católicos intransigentes, pero no mal hablados, ni desvergonzados, ni bravucones, cualidades que parecen ser las esenciales para tener tal vista que no se le escape el más pequeño microbio liberal, ó dígase la más ligera mancha idem. ¡Venga, pues, el abrazo fraternal!

«Niño mimado» se llama á sí mismo el Sr. Gascó en su *España*. No extrañe, pues, que sigamos *mimándole*, y más cuanto más lo merece el elogio fúnebre, sin *careta* y sin *mancha*, que hace del catolicismo de nuestro malogrado amigo D. Bernabé Peris; del cual dice que iba «ostentando en el pecho una placa muy visible (del Corazón de Jesús) que muchas veces tuvo necesidad de defender con la lengua y aún *sacando el revólver* en los trenes y estaciones del ferrocarril.

A sacar el revólver, católicos, para merecer, en muriendo, un elogio fúnebre del amigo Gascó; y si lo deseáis de más ruido, sacad el revólver por calles y plazas; y aun será mejor que saquéis el trabuco, pues más laudable es la virtud cuando más eficazmente se practica. «Ya el Señor ha premiado su intrepidez con el descanso perpétuo», dirá luego de vosotros el amigo, como de

inolvidable Bernabé dice ahora.

Pez-Ordeix, pontífice máximo de todos los metidos en camisa canónica de once varas, acentúa su sumisión á Roma y al episcopado fundando un diario que será tan comercial como á tal pontífice corresponde, pues nada menos se propone que ganar por cada suscriptor tres pesetas al mes con la venta del escándalo, esto es, continuando con nuevo y mayor empeño la campaña infame por la que sus escritos han sido condenados. Comenzó al pie del *Urbión:* quiso luego constituirse papa de «los católicos españoles»; y ahora, pareciéndole esto poco funda *El Cosmopolita*, para dirigir la «conciencia universal». Hemos de rogar á este papa ó preste Pey de las sotanas signadas y de las levitas con pectoral, que defina *urbi et orbi* á qué género pertenece *la fe*...

De la carta de Pey-Ordeix al «director» de *El Turbión*, copiamos: «A medida de ir faltando los grandes escritores, abundan y se multiplican los autores de novenarios y devocionarios insulsos, plagados de vaciedades, si no ya no cuajados de supersticiones.» Y algunos de herejías. Gracias á Dios que una vez estamos conformes con el Sr. Pey: lo mismo hemos dicho y publicado en más de dos ocasiones. Pero lo que nos maravilla es que falten «los grandes escritores», y por consiguiente, se multipliquen aquellos devocionarios. ¿No son Pey y sus coloboradores escritores grandes, magnos, de plumas como vigas, de tinteros como templos, de prosa fecunda como la de un colegio de escribanos?

Martínez Campos ha muerto, y el régimen vigente se ha quedado sin corazón y sin «el mejor, el más leal y el más sincero amigo». Era muy pícaro el corazón del gran Martínez. Gustábale hacer de las suyas, con aquellas sus corazonadas que tanto dieron que llorar y que reir. La última ha sido toda de llorar; tan fuerte, que á su propio dueño mató. Martínez ha muerto del corazón. Las espadas cuentan ya con una vaina menos, y la gallofa política oficial con un santo más. Tan contrito murió, que en poco estuvo no se fuese al otro barrio sin confesión; porque no siendo con el Arzobispo de Santiago de Cuba (?), con nadie quería confesarse. De suerte que, si éste no llega á tiempo, Martínez se va tan fresco... para que allá le quitasen el frío, friéndole *in sæcula sæculorum amen.*

Enviaron los «padres de la patria» nuestros buques indefensos á ser incendiados por los yanquis y nuestros marinos á muerte ignominiosa, y casi casi celebraron con gaita y tamboril la horrosa hecatombe: ¿para qué necesitaba de barcos España? Bien estábamos sin ellos... Pero han hecho las instituciones el consabido viaje, dirigido por el timonero Silvela, y éste, rojo de celo al ver que las reales personas y su propia encopetada persona tenían que návegar en cascarones, se ha propuesto construir una escuadra espantamundos, importante una millonada fabulosa, que bien merece un viajecito anual de recreo lo que la vida de la patria no merece. Damos el pésame á los contribuyentes y felicitamos á los fabricantes de *filtros.*

No quiere *El Imparcial* que se combata la afición á los toros, rayana ya en salvajino frenesí que á chorros eléctricos cae de todos los hilos telegráficos y llena planas enteras de periódicos metidos á catones de cultura y civilización; pero quiere el consecuente periódico que se aborde ya de frente y con eficacia la cuestión de la enseñanza de la juventud... Fúndense escuelas de tauromaquia; quedará complacido el colega y la juventud recibirá tal enseñanza que la haga capaz de clavar cuatro puyas á la cultura misma. Estamos ya al nivel de Roma cuando la invadió Atila; adelante, que con algún esfuercito más, carísimo *Imparcial*, nos pondremos en condiciones de recibir á los vándalos.

El próximo número de LUZ CATÓLICA publicará un artículo de nuestro Director sobre lo providencial del escándalo en la Iglesia, contra ciertos «reformadores» que se dicen providenciales y, en efecto, lo son por sus escándalos.—Otro del mismo sobre el socialismo y sus causas, que esperamos ha de llamar la atención.—Las *Autoridades* tratarán de la corrupción política del Estado.—Las *Lecciones* serán acerca de las famosas placas. —La *Carta del Orco* irá dirigida á un pretendido «reformador.» Etc., etc.

Todo número de LUZ CATÓLICA anunciará lo más importante que se ha de publicar en el siguiente, salvo los asuntos que por su mucha actualidad no puedan anunciarse.

Sección recreativa.

Curiosidades históricas.

LUZ CATÓLICA no seguirá la vana costumbre de enojar á muchos de sus lectores para que los restantes se den el gusto de devanarse los sesos adivinando charadas, logogrifos, geroglíficos y demás nonadas eutropélicas. Ninguna de estas cosas entra en nuestro plan, que es hacer cavilar á nuestros lectores con gran gusto y provecho suyo. Al efecto, abrimos esta sección recreativa, que será de problemas ó preguntas acerca de episodios históricos los más curiosos y raros, que formarán una colección muy original, preciosa, para las personas decidoras y anecdóticas.

El lector que nos envíe la solución, narrando el episodio correspondiente á ella, tendrá derecho á un premio consistente en *un año de suscripción* á LUZ CATÓLICA. Si son varios los que aciertan la solución, se adjudicará el premio á quien mejor describa el episodio. La descripción puede no ser original: basta copiarla de un buen autor cuando se pueda.

Pensamos ampliar esta sección con dificultades de otro género, siempre de interés análogo á la de hoy, la cual formulamos como sigue:

¿Cuál es la cosa más fuerte del mundo?

La solución para el próximo número.

Un Ruego

Lo dirigimos muy encarecido á todos los que reciban este número de Luz Católica: tengan la amabilidad, si quieren favorecernos de suscribirse lo más pronto que puedan, enviándonos su importe y si no, de devolvernos el número. Una y otra cosa son de interés capital para la buena marcha de la administración, y esperamos, que nuestros favorecedores nos han de ayudar, por interés de ellos mismos, á que ésta funcione bien desde el primer día, para lo cual es indispensable que se sirvan atender nuestro ruego.



Magnífico regalo á nuestros suscriptores

El negocio es lo de menos para la empresa de Luz Católica, que ante todo se propone la propaganda de las sanas doctrinas. Para dar con las obras testimonio de nuestras palabras, tenemos el gusto de ofrecer un buen regalo á los que se suscriban por un año á nuestro semanario desde el primer número.

Consiste el regalo en el grandilocuente y sensacional discurso que á 24 de Marzo último pronunció en París nuestro querido director el P. Corbató, con motivo del gran concierto musical que allí se celebró en honor de Aparisi Guijarro. Arriba hemos copiado un corto pasaje. Lo tenemos en prensa, y no omitimos gastos para que la parte tipográfica esté en armonía con su fondo notabilísimo. Con toda seguridad ha de ser del agrado de nuestros suscriptores.

Repetimos que, para recibir gratis este magnífico folleto, basta subscribirse por un año á Luz Católica.

A este regalo seguirán otros que no tardaremos en anunciar.



CURIOSIDADES

Casa mónstruo

En Londres, en el barrio de Holborn, se está edificando una casa que será la mayor del mundo.

Los gastos de construcción se elevarán á más de 50 millones de francos; tendrán 6.000 habitaciones, 11 pisos, 3 ascensores y toda por este estilo. En ella se instalará un inmenso restaurant que podrá contener 8.500 inquilinos.

Esta casa equivaldrá á una población entera.

La curación de la gota

La prensa extranjera reproduce una receta que hace siglo y medio recomendaba el profesor de Goetingue Jorge Federico Lichtemberg para curar la gota. La eficacia del medicamento no puede negarse, lo difícil es procurárselo.

He aquí la receta:

«Procúrate el pañuelo de una doncella de cincuenta años que no haya jamás pensado en casarse; lávalo en la acequia del molino de una fábrica de harinas que no haya hecho jamás harina; déjalo secar en el seto que rodee el jardín de un judío sin hijos; márcalo con la tinta tomada del tintero de un abogado incapaz de defender una mala causa, y confíalo á un médico que no haya muerto jamás á uno de sus enfermos, y que él te frote la parte enferma que te haga padecer, y quedarás curado».

¡Cualquiera consigue semejante pañuelo!

La pesca de la ballena

El departamento de la Marina mercante de los Estados Unidos acaba de entregar al público los resultados de una información muy interesante relativa á la pesca de la ballena.

Estos resultados no son satisfactorios y hacen temer que esta industria, en otro tiempo tan floreciente, vaya decayendo cada vez más en lo porvenir. Mientras hace cincuenta años el número de buques armados para la pesca de la ballena se elevaba á más de 700, hoy apenas si pasan de 70. La importancia de la industria ha sufrido la correspondiente disminución.

En 1846 el valor de los cetáceos capturados fué calculado oficialmente en 21 millones de dollars; hoy apenas produce esta pesca como se comprenderá por el siguiente dato: los barcos balleneros de los Estados Unidos no han capturado durante la última estación más que 28 ballenas.

La caza de focas

De San Juan de Terranova dicen que el *Steamer Leopard* ha entrado en aquel puerto con 12.000 focas. Otros ocho buques, destinados á esta misma caza, han capturado próximamente 100.000.

Durante el mes de Febrero descienden de los mares del Norte, entre el Labrador y Groenlandia, inmensas masas de hielo, dirigiéndose hacia las costas del Nordeste de Terranova, y á fines de dicho mes es cuando las focas depositan en ellas las crías, las cuales hay que cazar antes de que crezcan y puedan escapar á la persecución.

En el mes de Marzo se las encuentra en rebaños y es cuando se cazan. Cada hombre va armado de un mazo de hierro de dos metros de longitud y de un cuchillo. Cuando las madres ven acercarse á los cazadores se sumergen en alguna hendidura del hielo; pero alarmadas á los gritos de dolor de sus crías salen de nuevo para defenderlas y van ellas mismas á la muerte.

Apenas muerta la foca es despellajada y despedazada, recogiéndose sólo la piel y la grasa.

El papel blanco obligatorio

El prefecto de Finisterre (Francia) ha ordenado el empleo de papel blanco para envolver las sustancias alimenticias, con exclusión de todo otro papel. Parece que en varios departamentos del Oeste de Francia el empleo de los papeles de envolver usados por los comerciantes de comestibles ha producido casos graves de contagio.

Hace ya años que los consejos de higiene han recomendado el abandono del papel impreso y escrito y toda clase de papel que no sea blanco y nuevo para envolver comestibles; pero estas recomendaciones no han sido atendidas cual fuera de desear, por cuyo motivo está bien justificada la orden del prefecto de Finisterre, que debiera ser imitada por las autoridades todas en todos los países.

Defensa de los árboles contra los orugas

El comandante americano del cuerpo de ingenieros M. Mahan, ha ideado un medio sencillo de poner los árboles á cubierto de los estragos que hacen con ellos las orugas. Dicho procedimiento lo emplean allí con buen resultado para impedir que los insectos dañen á

los árboles, en particular á los castaños. Quizás pudiera aplicarse con igual fortuna contra los insectos que devastan los árboles de acá. El principio, trata de cerrar el paso á las orugas, de modo que se les impida llegar á las ramas y á las hojas.

Para impedir la invasión, se rodea buenamente todo el tronco de los árboles con una faja de algodón en rama á una altura como de dos metros del suelo. Dicha faja es ancha de 20 á 25 centímetros y tiene de 2 á 9 centímetros de espesor. Las orugas no pueden atravesar el obstáculo. «He visto con frecuencia, sobre todo por la mañana —escribe M. Mahan— centenares de orugas detenidas en el cinto de algodón. Con frecuencia he visto, sí, que llegaban hasta la faja protectora, pero no he advertido jamás que ninguno de aquellos bichos la atravesase. De este modo el árbol está protegido, y nada más fácil después que hacer caer los insectos con un cepillo y destruirlos sobre la marcha.»

Esperamos que el sistema del señor comandante Mahan será tan eficaz en esta parte del Atlántico como en la otra, y nos tendríamos por muy dichosos si con divulgarlo pudiéramos verdaderamente salvar nuestros árboles, así silvestres como frutales, del horrible estrago de las orugas de todo género que en ellos pululan, sobre todo desde que tan imprudente guerra se hace á los pajaritos.

El fonógrafo

En lo sucesivo el fonógrafo no será un aparato limitado á distraer á las gentes, regalándoles los oídos con piezas de música, cantos de artistas ni escenas cómicas. La ciencia se ha apoderado de él para fines más útiles.

En París se ha abierto recientemente en la sociedad de Antropología un museo fotográfico curiosísimo, en el cual 409 aparatos hablan todos los idiomas del mundo. Al pié de cada fonógrafo hay una hoja de papel, en que está transcrito lo que aquel dice y la traducción literal.

De este modo se pueden realizar á poca costa estudios de linguística comparada. En esa verdadera torre de Babel se oyen 70 idiomas de las cinco partes del mundo.

El autor de la obra es el doctor Asoulay, quien refiere los prodigios de diplomacia y de mímica que ha tenido que emplear para que hablasen ó cantasen junto á la placa fonográfica muchos de los sujetos sometidos á la prueba.

«En general—dice—el verdadero salvaje experimenta profundo placer al oir el fonógrafo. No opone dificultad á hablar ante el aparato, y cuando oye su voz, la admiración que siente es extraordinaria. Los medios civilizados son menos manejables. Los asiáticos y africanos del Norte que han frecuentado el trato de los europeos, se niegan á prestarse á que su lengua sea estudiada. En cambio los persas muéstranse dispuestos á ello, porque conocen el honor que se les hace.

Los musulmanes revelan sus escrúpulos, diciendo que es condenable recitar un texto sagrado delante de esa obra del demonio. Uno de ellos se decidió á recitar el Korán después de oir algunos versículos que antes había dicho en el fonógrafo un tunecino afrancesado.

El fundador de la colección se propone recoger igualmente todos los dialectos posibles, especialmente aquellos que se hallan amenazados de inmediata desaparición por la supremacía del idioma patricio.

Donación hecha por Su Santidad

La ha efectuado á los ingleses del cuerpo de San Edmundo, rey de inglaterra en el siglo XI, que hasta ahora fué venerado en una iglesia de Tolosa y en adelante lo será en la catedral de Westminster.

El acto del Santo Padre ha sido muy acepto á los ingleses.

Dos milagros más en Lourdes

La señorita Delebey, natural de Saissons, de veintidos años de edad, padecía hacía cuatro meses de vómitos incoercibles, que le impedían tomar alimentos sólidos. Al salir de la piscina se ha encontrado curada, y ha podido tomar toda clase de alimentos sin devolverlos, y sin que le produjeran molestia alguna. El otro portento se ha obrado en la señorita Agustina Petoir, de veinticinco años de edad y natural de Mortagne, la cual de tres años acá venía padeciendo una *conjuntivitis crónica*. Desahuciada por los médicos fué á Lourdes: al salir de la piscina se le han abierto completamente los párpados, poniéndose á leer con singular facilidad. El número de enfermos que han ido ahora para alcanzar la salud es tan grande, que sólo en el hospital de *Notre Dame Lourdes* se albergan ciento ochenta.

Fruto de la educación sin Dios

El crimen del anarquista Czolgozs parece haber hecho reflexionar al público de los Estados Unidos sobre las consecuencias que trae consigo el excluir de la educación de los jóvenes la enseñanza de la Religión. Mucho tiempo se ha venido afirmando como cosa corriente tanto en los Estados Unidos, como en otros países, que para hacer buenos ciudanos, era más que suficiente la enseñanza seglar ó puramente laica. Y aún á raíz del asesinato de Mac-Kinley, todavía pregonaba esas ideas el escritor Chaucey Depew, cuando declaró, «que los americanos no eran anarquistas, y que aún los hijos de éstos se hacen buenos americanos, bajo la influencia de nuestras escuelas oficiales.»

No obstante, el presidente Wheeler se expresó en tonos muy diferentes, en el discurso pronunciado ante los maestros de las escuelas públicas de Alameda. Según refieren los periódicos, Mr. Wheeler dijo que debe inculcarse á los alumnos la obediencia y respeto á la autoridad, como una cosa fundamental; y añadió con acento enérgico: *«La niñez debe tener fe.»* Algunos dicen que no conviene enseñar Religión en las escuelas; nada más falso.

«Las escuelas deben desarraigar la anarquía y prevenirla, enseñando á los jóvenes la debida reverencia á Dios.»

Estamos conformes con estos sentimientos manifestados por Mr. Wheeler; pero no vemos como puedan llevarse á la práctica en las escuelas oficiales, cuando en ellas se sigue el sistema de prohibir mencionar el nombre de Dios y la enseñanza de la Religión. Ha sido un primer principio desde hace cuarenta años, el decir que la Religión debe desterrarse de las escuelas. Nada se ha dicho si con la ausencia de la enseñanza religiosa perecería la moralidad en las costumbres; pero el resultado ha sido desgraciadamente inevitable, y no se necesitaba el asesinato del presidente Mac-Kinley para demostrar á los hombres pensadores, que lo dicho es una triste realidad.

Mr. Wheleer pudo convencerse de ello las Navidades pasadas, cuando á su vista una turba de estudiantes corrió por San Francisco atronando su Colegio con gritos frenéticos mientras una veintena de hombres yacían moribundos á su lado. Entonces pudo convencerse del poco respeto que la juventud aprende en la Universidad oficial hácia la humanidad doliente. No es pues la maravillez que mister Wheeler clama porque á la juventud se la enseña á reverenciar á Dios, y que se lo haga sentir la infiuencia de la educación religiosa como una necesidad social, para libertar al país de la anarquía. La verdad habrá de prevalecer al fin, á despecho de los perjuicios populares, y nosotros nos felicitamos de que el presidente Wheeler abunde en estas ideas

THE MONITOR.

Imprenta Españolista. —*P. Manises, 5,—Valencia*